



Álvaro Toro dejó su militancia comunista a los 26 años, y estudió Derecho en la Universidad de Chile. "Ahí se acabó la política para mí, ahí dije, 'ya tengo que rehacer mi vida', tenía polola, me casé".

LA VIDA DE PELÍCULA de un activista radical

Detrás de uno de los abogados ambientalistas más temidos de la plaza se esconde una historia novelesca que incluye exilio, bombas, delación, cárcel, música y redención. Esta es la vida de Álvaro Toro, hijo de Carlos Toro —subsecretario de la PDI en el gobierno de Salvador Allende— quien aún se asume como un "activista" y no deja sus críticas de lado. Aquí, afirma que no le gusta la política medioambiental del gobierno del Presidente Boric porque "hay mucho acuerdo político, no hay un estándar técnico en función de cuál resolver".

POR ESTELA CABEZAS. FOTO MACARENA PÉREZ

Una tarde del mes de junio de 2014, Álvaro Toro, 61 años, uno de los abogados ambientalistas más temidos de Chile, quien en 2012, según la prensa de la época, derribó la central termoeléctrica Castilla, perteneciente al multimillonario brasileño Eike Batista —dejando en nada un negocio de 5 mil millones de pesos—, se bajó del avión en un aeropuerto de Moscú con una misión: participar en el programa estelar de la televisora más importante de Rusia, donde había sido invitado como una personalidad, un símbolo.

—Pero no uno ligado a casos de mi trabajo como abogado, sino para homenajear a una compositora rusa, Aleksandra Pakhmutova, que estaba cumpliendo 80 años y que escribió una canción que se llama Esperanza y que fue mi gran compañía cuando estuve preso.

—¿Qué?

"Mi vida, mi niñez en Moscú, y esto es algo que se lo he escuchado a muchos otros que estuvieron de chicos allá, fue una maravilla. La niñez en un país socialista, de estos socialistas reales, Alemania, Cuba, Unión Soviética, es una maravilla. El problema está en que la juventud es un infierno".

—Así no más. Ahí estaba yo en este programa, con muchas personalidades rusas haciéndole un homenaje a esta compositora que era una especie de Valentín Trujillo en Rusia. Había un cantante, algo así como un Lucho Jara, que interpretaba sus canciones. Había muchas luces y brillo. Y yo—cuanta.

La historia es así, Álvaro Toro estuvo preso dos años en Chile y le escribió a un profesor de música que había tenido en sus años viviendo en la Unión Soviética que esa canción, Esperanza, lo acompañaba en su encierro. Él se lo comentó a la autora y ella se la dedicó, transformando, en cierto sentido, esa canción en su himno.

—El niño chileno que estuvo preso y que cantaba su canción. Ese fue yo—dice y señala una carcajada.



Álvaro Toro es el tercero de cuatro hermanos. Su padre, Carlos Toro, fue subsecretario de la PDI en el gobierno de Salvador Allende. Él y su madre, Alicia Vega, se conocieron en la Universidad de Chile, donde ambos estudiaban Ingeniería Electrónica.

Su padre se había hecho comunista en el Instituto Nacional, mientras que, cuando había estudiado en el Santiago College hasta segundo medio y luego en el liceo 7 de niñas, lo hizo en la universidad. Ambos venían de familias con padres masones.

—Mi abuelo materno, mi tata Julio, era académico, entonces él siempre tuvo una tremenda disputa con la visión católica, pechoña. Era conocido, no amigo, de Allende y aunque era "facho", votó por él por la masonería y porque no estaba dispuesto a votar por Frei que era católico. Su abuela materna era de izquierda y dice que, para el Gol-

pe, ya era promirista. Ellos llevaban muchos años separados. Eran familias bien, como se decía en esa época, "eran profesionales, trabajaban para el Estado, vivían en Vitacura", dice.

Cuenta que antes de salir de la universidad su padre ya trabajaba para el Partido Comunista.

—Era mediados de los 60 y el PC era una organización más o menos fuerte, tenía parlamentarios y a mi papá lo metieron en el tema de la seguridad del Partido Comunista, entonces, mi papá se retiró del partido públicamente. Al titularse, mucha gente pensó que, como varios estudiantes comunistas que cuando salían dejaban de lado el partido, él también se había ido. Pero no. Mi mamá también dejó de participar políticamente por esa razón.

Álvaro Toro dice que el Partido Comunista puso sus fichas en él: a fines de los 60 su padre fue formado por los soviéticos en temas de seguridad, de armamento. También en Cuba. —Pero claramente no le pegaban mucho —dice—. Si no, no se entiende lo que pasó en el Golpe y luego cómo cayó toda la cúpula del partido.

El PC le puso un equipo a Allende, cuenta, para que le colaborara en las épocas de campaña y entre medio también, y así fue como Carlos Toro se transformó en su chofer.

—En ese sentido, conocía bastante a Allende porque se veían cotidianamente. Pero mi papá siempre fue muy reservado, nunca contó mucho, solo sé que cuando viajaban por el país lo pasaba a dejar a algunas casas en particular.

Cuenta que su padre volvió a hacer pública su militancia cuando Salvador Allende salió elegido presidente y lo nombró como subsecretario de la PDI.

—Muchos se preguntaron "¿de dónde salió este compadre?". No lo identificaban.

—Yo siempre quise saber de esa época porque yo, como joven comunista, le cuestionaba el Golpe. "¿Cómo pudo haber sucedido esto?". Y él era uno de los que tendría que haber tenido una respuesta.

—¿Se refiere que usted creía que ellos debieron haber salido a pelear con armas?

—Sí, se supone que para eso estaban, si era un gobierno legítimo. Y él en eso era muy, muy reservado. Pero después hizo su análisis y yo creo que eso contribuyó un poco a que el Partido Comunista, desde el año 80 en adelante, girara de esa actitud democrática que había tenido, de este socialismo de nuevo tipo, allendista, con vino y empanada, a una política con un componente militar. A decir, como en Chile tenemos a una dictadura, ese componente militar es muy relevante.

De la época de la Unidad Popular, Álvaro Toro se acuerda poco, solo que vivían en una casa cómoda en Vitacura, que eran los únicos de izquierda en su barrio y que "estaba lleno de fachos y ellos sabían que nosotros no lo éramos".

—Los de Patria y Libertad nos rayaban la casa a cada rato, mi mamá siempre fue muy enérgica en eso, nunca se amedrentó. Alguna vez, claro, nos pusieron carabineros o investigaciones. Nos rayaban la casa, nos tiraban caca, pero nada más.

Tenía 10 años y recuerda su mundo como uno muy feliz. Pero con el Golpe, agrega, vino para ellos el desastre. —Mi papá no tenía dónde fondarse. Se supone que era el

encargado de esconder a toda la dirección del partido y se les cayeron todas las casas. Lo hizo pésimo. Gladys Marín no tenía dónde esconderse. Luis Corvalán, la casa que tenía, no estaba tan cubierta y a la casa en que se iba a refugiar mi papá llegaron 10 personas más.

—¿Alguna vez le dijo eso?

—Después, alguna vez, sí. Es que lo hicieron mal.

—¿Y por qué cree que lo hicieron tan mal?

—Porque no pensaban que iba a ser así, con ese nivel de brutalidad. Creyeron que iba a haber un Golpe y que los iban a llevar a un campo de concentración y que los iban a tener ahí. Jamás pensaron que los iban a salir a matar. También pasó que mucha gente que iba a apoyar al partido se asustó y cerraron sus puertas.

Toda la familia dejó la casa. A los pocos días los vecinos le avisaron a su abuelo materno, quien vivía con ellos, que estaban allanando la casa.

—Mi abuelo fue profesor de la Escuela de Oficiales de Carabineros y él tenía un departamento al interior de la casa. Cuando llegaron, abrió unos libros y en uno decía "A mi estimado profesor", firmado por Mendoza. Y con eso los milicos lo dejaron tranquilos.

Pero, dice, los militares no fueron los primeros que entraron, sino los vecinos de Patria y Libertad, que dejaron toda la casa "llena de caca, en el piso, la mesa, los sillones y en las paredes". También estaba lleno de papel confort, así puestos como guiraldas.

Él terminó viviendo en la casa de una amiga de su mamá.

—Desde ahí no vi más a mi mamá, que terminó por aislarse en la embajada de Bulgaria, ni a mi papá, que llegó a la de Honduras. A mi papá después lo volví a ver muchas veces en la embajada, porque podíamos entrar.

En septiembre de 1974, Carlos Toro pudo salir al exilio. Con él partieron todos sus hijos. Su esposa, Alicia Vega, se quedó en Chile por seis meses más. Llegaron a la RDA y cuando se les sumó Alicia, se fueron a Moscú.

—El Partido Comunista estableció su base en Moscú y allá llegaban pocos chilenos. Llegamos como en septiembre, estaba empezando el colegio. Mi papá y mi mamá se reencontraron. Nos pasaron un departamento chico, en el sentido de cómo estábamos acostumbrados a vivir, con nada, pero nos sentimos súper bien. Este era un departamento grande para Moscú, de dos dormitorios; de hecho, ocupábamos el living como un tercer dormitorio, allá no había muchos así.

Álvaro Toro recuerda esa época como muy feliz, aunque su familia, dice, estaba viviendo muchos cambios: sus papás se separaron.

Cuenta que Carlos Toro era el enlace del partido con el mundo, entonces viajaba mucho.

—Estaba mucho tiempo fuera de la casa, meses. Curioso de cabo chico, me metí en sus cosas y vi pasaporte con distintas identidades, una de un espía, con bigote por ejemplo, que viajaba a Argentina. Yo tendría 12 años y ya sabía que eso no se lo podía comentar a nadie, entendí desde chico que tenía que ser reservado, cuidadoso.

—¿Y allá su mundo era chileno o ruso?

—Era entre ruso y chileno. Es decir, hubo un esfuerzo

